

Público. Léase ahora lo que dice el diario *La Noche* que ve la luz asimismo en Montevideo: «NUESTRO GOBIERNO Y LA CAUSA DOMINICANA.—LAS GESTIONES ANTE ESTADOS UNIDOS».—Los diarios argentinos han recogido una información procedente de esta capital, según la cual el Presidente de la República y el Ministro de Relaciones Exteriores, con motivo de la llegada de la misión norteamericana que preside Mr. Colby, y aprovechando la estada de los embajadores intelectuales dominicanos señores Henríquez y Ureña y Henríquez y Carvajal, se proponen insinuar al diplomático estadounidense, el agrado con que el Uruguay vería una solución feliz del conflicto actualmente en pie entre la Unión y Santo Domingo.

«Los diarios serios de Montevideo, —que tienen en sus colegas argentinos el mejor servicio de repórters, y, a veces, hasta un selecto cuerpo de

redactores,—han acogido a la vez la información susodicha.

»Por lo que a nosotros respecta, creemos estar en condiciones de informar que el gesto que se atribuye al Primer Mandatario y a su Ministro de Relaciones, no constituye la iniciación de una gestión diplomática, siendo, en realidad, la continuación de gestiones confidenciales en favor de la independencia dominicana, que nuestra Cancillería comenzó hace dos años ante el gobierno de Washington.

«Aclaradas así las cosas, está demás decir que aplaudimos sin reservas la actitud del Presidente Brum y de su Ministro señor Buero, como está demás decir que estamos de todo corazón con la causa dominicana».

MANUEL F. CESTERO

M. M. MORILLO

M. FLORES CABRERA

Febrero 1º de 1921.

La noche de Primavera

NEFELIS, sentada sobre su manto ligero, detrás de la puerta del jardín parecía aguardar alguna persona.

La noche era tan profunda bajo los árboles que los ojos no veían ni las manos y solamente el perfume de las hojas revelaba su presencia. Todo dormía: los habitantes de otros jardines cercanos, los pájaros escondidos, los rumores invisibles. El silencio de la tierra era tan puro como el silencio de las sombras. Nefelis, inmóvil, se mantenía con los dedos unidos bajo las rodillas y la cabeza erguida.

No quería moverse de aquel sitio. No acostumbrada a los artificios de la seducción, temía remover un solo pliegue de su manto, por miedo de que los perfumes de su cuerpo se perdiesen en el impulso de un gesto. Y sabiendo que había venido demasiado temprano a la cita, aguardaba con paciencia, contenta, ebria de esperanza.

Afuera un dedo tocó la puerta dulcemente.

—Ya.

Sin hacer ruido, Nefelis quitó la pesada barra de la puerta y la hizo girar sobre sus goznes aceitados. Oyó un paso sobre la arena, pero no vio sino la noche negra.

—No me busques, murmuró, yo estoy aquí. Te precedo, ven ligero: tengo miedo de los esclavos y de que se nos espíe. Soy yo. Al salir de las malezas del jardín, verás un poco mi sombra.

Marchaba en la punta de los pies. Sus pequeñas sandalias se posaban apenas en la arena o el mosaico. Una rama que tocara ligeramente la hizo temblar; no fué sino una queja furtiva entre dos vastos silencios, y las flores, al moverse, echaron a volar sus esencias perfumadas.

Entró en su cuarto y corrió hasta el nicho en donde había colocado un velo sobre la lámpara de tierra para amortiguar su claridad sin extinguirla y cuando hubo un poco de luz retornó:

—Oh! Dioses!—exclamó.—Oh! Dioses, dioses, dioses, si no es él!

El hombre avanzó hasta el centro de la pieza. La joven retrocedió hacia la pared que su espalda tocó bruscamente y sus manos echadas hacia atrás vagaban sobre ella.

—¿Quién eres tú?

—No soy él, acabas de decirlo. ¿No estás suficientemente advertida? Existe él, ¿no es cierto?, y el resto del mundo. Yo, yo soy el mundo: la humanidad,

la muchedumbre, eso que nadie quiere.

Nefelis lo miraba, casi desfalleciente. Era un hombre huesoso, hirsuto y barbado, cuya barba resaltaba enormemente en su cara flaca. La cabeza parecía hecha únicamente de pelos. Cuatro grandes dientes faltaban a la mandíbula superior; la barba salida, tapaba el bigote: detalle que era horrible. Su cuello estrecho salía de un manto de lana, excesivamente sucio y caprichosamente plegado. Las piernas parecían más cortas que el torso. No era ni grande ni pequeño, pero la lámpara abandonada sobre el suelo doblaba su cuerpo en inmensa sombra: una mitad cubría el muro de la estancia y la otra el cielo.

Cruzó los brazos violentamente, metiendo las manos bajo las axilas.

—Ah! dijo: el lecho perfumado! ¡Pétalos de rosas, una ánfora de vino fresco! ¡Se esperaba a algún convidado que no era yo! Mientras el hombre va a la guerra, su mujer se entrega al desenfreno... Ah! ah!, las coronas de flores!... Pero siento un olor a mirra, lo bastante para producir náuseas... Y la lámpara que exhala humo negro... Todo esto vive la prostitución de tu casa, ¿me comprendes? Hola!, quítate el traje florido y has tu oficio! Eh aquí un dracma.

Lanzada a través del cuarto, la pieza de plata rechazó en el vientre de Nefelis, quien ahogó un grito en el silencio.

—Miserable!, exclamó con una voz transparente. Tú sabrás lo que cuesta hablarme de esa manera. Sí, tengo marido y tengo un amante; la puerta del jardín se ha vuelto a abrir y mi amante está allá en el comedor: viene, se acerca y si te encuentra aquí, morirás como un gusano.

—¿Tu amante me matará?—dijo el desconocido. ¿Qué me hará con eso? Hace cien años que morí. ¿Me preguntas mi nombre? Soy el rey de Egipto; embalsamado.

Nefelis se pasó lentamente las manos por la cara para sentir, a lo largo de ella, el terrible frío del miedo...

—Estoy perdida: es un loco.

El hombre, viéndola palidecer, replicó sonriendo:

—No grites, linda amiga, o te mato; y para ti, que no estás muerta, será cosa distinta que para mí, que soy un cadáver. Mira mi carne de momia.

Y con un movimiento rápido se quitó todos sus vestidos, e irguiéndose completamente desnudo.

—Decías hace un instante que la puerta se había vuelto a abrir. No es posible. La barra que la guarda quedó asegurada. Nadie hay en el jardín: nadie en el corredor. Haz tu oficio, amiga, ya te he dado un dracma. Y

ZAPATERIA GAMEZ

De las buenas es la mejor. Por la bondad de sus materiales y por la belleza de sus formas.

100 varas al Norte de la Librería Lines.